

En caza

REVISTA MENSUAL
AGOSTO DE 1963

Año XXX - Edición Nº 358

Director:
MANUEL JOFRE N.
Teléfono 61942 - Cosilla 124
Estación Mapocho
Santiago
Chile

Sección
Propaganda y Turismo
de los FF. CC. del E.



CHILE SEDE DEL CAMPEONATO MUNDIAL DE ESQUÍ

UNA agrodoble y significativo sorpresa fue para Chile el haber sido designado sede del Campeonato Mundial de Esquí, que se celebrará en 1966, y que tendrá por escenario las imponentes canchas de Portillo. Digna de todo encomio fue la actuación de la delegación chilena al Congreso Mundial de Deportes Alpinos celebrado en Atenas, donde salió esta designación. Tanto más cuando aspiraban a esta sede países como Austria y Japón de larga trayectoria en el deporte blanco y que contaban con grandes elementos propagandísticos.

Esta competencia internacional será de innegable importancia para Chile, país de montañas, cuyas bellezas del macizo andino han sido mundialmente reconocidas. Nuestro país goza de ventajas en este deporte tales como la de poderse practicar en épocas en que no puede hacerse en otros países, como los del hemisferio norte, y contar con una temporada larga ya que en la región austral se extiende hasta bien avanzada la primavera, como el caso de las canchas de La Picada y Antillanca en la provincia de Osorno.

Será pues Portillo, en la ruta del Ferrocarril Transandino, a 3.000 metros de altura, con su hermosa laguna del Inca, junto a los soberbios Andes, en un panorama realmente inabundante, el centro del próximo Campeonato Mundial de Esquí. Estas canchas reúnen todas las condiciones para este gran evento deportivo. Próximos a centros poblados, buenos hoteles, cuentan con andariques y toda clase de medios mecánicos para la movilización de los deportistas.

Este acontecimiento puede marcar un hito en las futuras proyecciones turísticas de Chile. Será indispensable una adecuada propaganda en el exterior y tomar todo clase de medidas para que se obtengan de él los mayores ventajas posibles.

NUESTRA PORTADA
"DE CAZA"

Fotocolor: C. W. Müller S.





El pintor Arturo Gordon

CON la emoción que traen los lejanos recuerdos, evoco la figura delgada y el rostro pálido y triste de un joven venido del campo, hijo de un agri-

fin nos detuvimos ante un portón que daba paso a una casona de campo. Preguntamos por Gordon y apareció el artista con ese aire triste y expresión de fatiga de los derrotados por la vida.

Nos dijo, con amargura, que ya no pintaba pues no le era posible vivir de sus cuadros. No le pagaban ni los materiales. No pudo comprar telas y utilizaba cartones regalados en la Casa Prá. Se le acabaron las pinturas y pinceles. ¿Cómo seguir?

Su padre deseaba que regresara al campo para ayudarlo. Le había escrito y en esos momentos estaba liando sus bártulos.

Ante la emoción que me producía ese fracaso de quien estimaba un gran artista, le insistí en que hiciera un nuevo esfuerzo y, desde luego, le encargué dibujos para mi "Marejá", no ofreciéndole mucho, pues era también un estudiante de pocos recursos. Pero Arturo Vicuña, que tenía una holgada situación, se adelantó a pedirle le hiciera del cartoncito del terremoto que le había adquirido, un gran cuadro, adelantándole para materiales y le ofrecía su casa donde realizar

por los estudiantes, pues el distinguido maestro los sometía a una disciplina y estudio de dibujo, a lo que no estaban acostumbrados.

Ocurrió algo curioso. Alvarez Sotomayor, a quien fui a visitar, me manifestó su extrañeza por el hecho de no poder entrar a Chile sus cuadros, retenidos en aduana, cuando los traía como elementos de enseñanza.

Eduardo Suárez Mujica, hermano de la mujer de mi amigo Arturo Vicuña, era ministro de Instrucción y todos los lunes comíamos juntos en casa de Arturo Vicuña.

Me ofrecí para hablarle, adelantándole que todo se arreglaría y que fuera, después de comida, a hablar con el ministro.

Así ocurrió y el ministro quedó de dictar un decreto que le permitiría internar cuadros propios sin previo pago, considerados como turistas y a su salida del país pagarían derechos aduaneros aquellos que fueran vendidos.

Aprovechando la presencia de Alvarez Sotomayor, le pedí a Arturo Vicuña que me mostrara el cuadro ya terminado de Gor-

LA AZAROSA VIDA DEL PINTOR ARTURO GORDON

EL CAMINO DE LA GLORIA

Por ANTONIO ORREGO B.

cultor, con un gran anhelo y un alma de artista, a estudiar pintura a la Escuela de Bellas Artes.

¿Cómo lo conocí? Fue algo providencial para él. Uno de mis más queridos y mejores amigos, Arturo Vicuña Guerrero, compañero de estudios entomológicos con el gran sabio Filiberto Germain, en el museo de la Quinta Normal, me mostró un cuadrito que acababa de comprar a un joven en el centro, más por hacerle un favor, pues lo ofrecía en veinte pesos, con un aire implorante y una expresión pálida de persona desnutrida.

Era una impresión del terremoto, pintada en un cartón. Al contemplarla me quedé absorto. Lo estimé de un valor artístico extraordinario y como le había dado a mi amigo su dirección, por si alguien quería comprarle cuadros, quedamos de ir juntos a visitarlo.

Vivía más allá de la Palma, donde la calle va insensiblemente, transformándose en carretera. Las casas, cada cuadra más separadas unas de otras, revelaban la pobreza de sus moradores. Por

cómodamente su labor sin ocuparse de comidas, pues lo recibiría como a un amigo y le pagaría el valor de su trabajo.

Gordon accedió. Se vino a Santiago en compañía de otros jóvenes artistas y arrendaron pieza en una casa de altos próxima a avenida Matta.

Muchas veces fui a visitarlo y subí por una vieja y angosta escalera de oscilantes gradas, hasta llegar al sucucho aquel con más aire de buhardilla que de cuarto.

Era el escondite de Gordon y allí me dibujó las cinco ilustraciones de mi Marejá, que son verdaderas obras de arte.

Se aproximaba el año del centenario.

El gobierno trajo como director de la Escuela de Bellas Artes, al renombrado pintor español Alvarez Sotomayor, en el deseo de dar a los alumnos un gran maestro.

Su enseñanza fue mal recibida

don, sobre una impresión del terremoto, que detrás de un sofá esperaba marco.

Tuve que vencer la natural resistencia de Vicuña, quien no le atribuía gran valor, por ser obra de un pobre jovencito.

Movimos el sofá y pudo Alvarez Sotomayor contemplarlo.

Vicuña, restándole importancia le dijo: —Es de un jovencito principiante. Antonio lo aprecia en más de lo que vale.

Grande fue mi satisfacción de crítico de arte, al notar el asombro que esa tela le produjo a Alvarez Sotomayor.

—¡Si esto es un Goya! exclamó. ¿Hay por acá cuadros de Goya?

—Si los hubiera, estoy cierto que Gordon no los conoce, le advertí.

Observó Alvarez Sotomayor las ilustraciones de mi Marejá y se afirmó en que eran dignas de Goya, y como en esos momentos estaba organizando el envío de telas nacionales a la Exposición Internacional del Salón Argentino del Centenario de esa República, solicitó autorización para enviar



Notable cuadro de Arturo Gordon



Otras de sus expresiones artísticas realizadas en plena juventud

esa tela, en la certeza de que sería un primer premio pues no era posible que otra la aventajara.

Insistió diciendo: —Soy un apasionado de Goya y esta tela es digna del maestro.

Como se le autorizó para enviarla, procedió a sacar las tachuelas del bastidor, enrolló la tela y se la llevó bajo el brazo.

Se abrió en Buenos Aires la Exposición Internacional del Centenario Argentino y el jurado le asignó el gran premio de cien mil nacionales a esa tela de Gordon, que fue adquirida por el Gobierno argentino para su museo de arte.

Gordon se trasladó a Argentina y el que en su patria no encontraba compradores para sus cuadros los obtuvo en la vecina república a precios para él extraordinarios.

De esa época de grandeza de Gordon nada suene, pues transcurrió lejos de Chile.

Muchos años más tarde regresó a Valparaíso y en su patria encontró ese ambiente hostil en que viven entre sí los artistas.

Tornó Gordon a su habitual aislamiento, entregado por entero, ya sin la angustia del mendrugo, a pintar esas marinas del puerto en las que dejó su última labor.

El tiempo para mí desgranó muchos calendarios. Gordon, para mis recuerdos, era un barco que doblaba la curva del horizonte. Mi amigo Vicuña Guerrero había muerto. De ese ambiente, tan querido, nadie ya existía. Los años pesaban sobre mis espaldas.

En un viaje de vacaciones a Valparaíso, al deambular por las calles del Puerto, me sorprendió un rótulo: Exposición de Gordon.

Entré a un salón donde se exhibían telas de los últimos tiempos del maestro.

Mientras contemplaba un vigo-

roso cuadro en el que se destacaban velas y lanchas de pescadores en la playa, envueltas por ese colorido peculiar de Gordon para destacar multitudes en movimiento, un señor bien vestido y de buena presencia se me acercó y me dijo:

—¿Le gustan, señor, estos cuadros?

—¡Son admirables! le respondí.

—¿Qué les encuentra de admirables?

—Desde luego, son Gordon, son de un maestro.

—Tal vez sería maestro, pero ha decaído mucho, observó con tono despectivo. Se ve que usted entiende poco en pintura.

—Soy crítico de arte, señor, le interrumpí incómodo, y agregué: ¿Quién es usted?

—No se enoje, don Antonio, me dijo cariñosamente, soy Gordon.

Me costó reconocer en un hombre ya canoso, correctamente vestido, que acreditaba situación holgada, al joven delgado y pálido de aquellos lejanos tiempos, de tímida expresión, como acorralado por la vida.

Ante mi extrañeza, agregé:

—Le he dicho sobre mis telas lo que mis colegas repiten sobre mí. Son como perros que no comen ni dejan comer.

Abro una exposición y se tiran al hueso.

En esa agradable charla de recuerdos y añoranzas, evocamos la destacada personalidad de Alvarez Sotomayor y me dijo que el maestro, antes que recibiera el premio argentino, se lo había llevado a su taller, donde le proporcionó, a más de su enseñanza, telas, pinceles y pinturas, para estimularlo a seguir adelante.

Ese gran maestro no fue comprendido por sus discípulos y desprecionado regresó a España para ocupar el cargo de director del Museo del Prado, cargo cum-

bre para los grandes maestros españoles.

Allá un periodista le pidió su opinión sobre el modernismo.

—Les estoy muy agradecido, respondió, pues gracias a ellos me faltan manos y tiempo para pintar.

Todo el que quiere un retrato al óleo, me busca y prefiere.

Esa gran suerte que tuvimos de contar con un gran maestro se malogró, debido a una muchachada que pretendía ser artista, sin capacidades ni espíritu de estudio y sólo deseaba libertad para perder el tiempo. Por los más fueron víctimas los menos, aquellos que, como Gordon, eran realmente artistas.

Quizás cuantos, con el talento de Gordon, fueron sacrificados por el empuje de los más, que buscan una senda fácil de seguir, sin aprendizaje de dibujo ni estudios de perspectiva y de color que dieran al retrato o al paisaje, realidad evocadora y vigor de colorido.

Quien no fue comprendido como director de nuestra enseñanza artística, dejó como director de la enseñanza artística española los frutos de su escuela.

Después de ese encuentro en Valparaíso, no volví a ver a Gordon.

A. O. B.